
Cuerpos nómadas

Diamela Eltit

Me resulta necesario explicitar que este texto responde a una interrogación personal y, por lo tanto, no contiene respuestas permanentes como no sea el ejercicio creativo y móvil de la conjetura cultural y los efectos de lectura de ciertos libros que, en su conflicto, desplegaron ante mí un escenario problemático que aún no cesa. Mi interés radica en intentar describir estos problemas con el fin de fijar por escrito los pensamientos que, de manera caótica, han circulado por mi cabeza sin principio ni fin, inestablemente, durante los últimos años.

Los libros que abordaré ocuparon en Chile un espacio de recepción alamanteramente minoritario, casi inexistente, y el silencio que acompañó la salida de los textos forma parte, a mi juicio, de un efecto de la política neoliberal, de las autocensuras y represiones con las que la desbocada propaganda del individualismo acalla las contradicciones éticas del pasado reciente, con el fin de estimular una economía de libre mercado, empujando a los cuerpos ciudadanos a la violencia del eterno presente del consumo y del endeudamiento y generando, desde la apología racional del barbarismo del mercado, notables exclusiones sociales y masivas relegaciones culturales.

Y, así, quiero abordar la lectura de dos libros autobiográficos y una noticia periodística que me inquietaron al punto que hube de interrogarme en torno al por qué de esta conmoción y en qué sentido una parte de mí ser estaba fuertemente comprometido con esas historias.

Las autobiografías que señalo corresponden a *El Infierno* de Luz Arce, publicado por Editorial Planeta en 1993 y *Mi verdad* de Marcia Alejandra Merino, impreso en A.T.G en 1993, que relatan las historias de mujeres militantes de izquierda que, en 1974, fueron tomadas prisioneras por los servicios de inteligencia militar (DINA) durante la dictadura chilena y que, luego de ser sometidas a sesiones de tortu-

ra, pasaron a colaborar con sus captores hasta alcanzar, posteriormente, el grado militar de oficiales en esos mismo servicios de inteligencia donde fueran capturadas.

El libro *El Infierno* cuenta con un prólogo del sacerdote José Luis de Miguel y *Mi verdad* fue publicado por una organización de Derechos Humanos, durante la transición democrática bajo el gobierno de la Concertación encabezada por el presidente Patricio Alwyn.

Luz Arce y Marcia Alejandra Merino ya se habían convertido en leyendas negativas durante la época dictatorial por su participación en operativos de captura de sus compañeros de partidos. Estos operativos fueron confirmados por los testimonios de los sobrevivientes que las indicaban como presencias activas en sesiones de tortura. En realidad, a estos nombres hay que agregar el de María Alicia Uribe, militante del MIR, citada innumerables veces por las autoras de las autobiografías que, según los textos, hasta hoy sirve en el ejército. Así, las tres mujeres transitaron en el imaginario social ocupando el lugar de la delación y de la traición.

Por otra parte, me parece necesario señalar que la primera etapa de la transición a la democracia 1990-1994 estuvo marcada por la invitación a la reconciliación de todos los chilenos, invitación planteada por la iglesia católica y respaldada ampliamente por el gobierno. De hecho, el primer intento por reconocer públicamente la condición de ciudadanos detenidos-desaparecidos se articuló a través de una comisión gubernamental denominada "Verdad y Reconciliación", que propuso una indemnización material para los familiares de las víctimas. Esta comisión no planteó iniciativas legales para penalizar a los culpables de las desapariciones de personas, sino que se abocó a establecer la existencia de víctimas por parte del estado dictatorial. La comisión funcionó a través de testimonios directos cuyas fuentes fueron mantenidas anónimas. No obstante este anonimato, hasta allí concurrió Luz Arce a prestar una extensa declaración que fue reproducida en medios de prensa nacionales.

Como participante de una historia (residí en Chile durante los 17 años de dictadura) leí ese testimonio y no me resultó indiferente. Al revés, la oficialización de un saber clandestino, la confirmación pública de la delación bajo situación de tortura, abrió en mí una interrogante cuya respuesta era imposible: ¿qué hacer frente a un habla provocada bajo esas condiciones?

No sabía, en ese momento, que era apenas la antesala de una serie de preguntas que, unos años después, con la lectura de las autobiografías, se multiplicaron sin cesar, al punto de anular la pregunta inicial, al extremo de ensayar en una serie de textos, proyectos de lecturas de esos libros, donde este trabajo se inscribe como un proyecto más.

Me parece pertinente señalar que estimo que toda autobiografía está inserta en un proceso de escritura de la memoria y por ello no puede ser leída literalmente como verdad, sino más bien como una teatralización del yo, como puesta en escena biográfica, donde el yo activado en el texto es, especialmente, ficcional. No me refiero a la tradicional oposición verdad-mentira sino, lo que quiero apuntar, es que este género me parece como la tarea por la construcción de un lugar otro, diverso, en el que es posible leer la opción, la ficción de "yo" que se construye. Leer, en suma, el deseo o más bien, percibir la fuerza del deseo por articular ese único "yo" que se despliega en un texto.

Esta consideración me parece estratégica para acercarse a los libros de Luz Arce y Marcia Alejandra Merino, puesto que la motivación explícita de estas escrituras apuntan precisamente a esclarecer "la verdad" política a partir de la construcción, por parte de las autoras, del "yo" que porta esa verdad. Así pues el deseo de "verdad" es la justificación para desplegar a su vez el deseo de "yo" que sería lo que garantiza convencionalmente la autobiografía como género. Parodiando el gesto sería algo así como "Yo cuando escribo no escribo sino que me sumerjo en la realidad 'real' de mí misma, por lo tanto es verdad, y la institucionalidad de libro llamado autobiografía, que es escritura institucional, lo legítima".

Así, deseo, validación y esencialismo del yo confluyen en este género, reduciendo la complejidad y multiplicidad del yo, la inestabilidad de lo que entendemos como "la verdad" y la obliteración de la materialidad de la escritura.

He buscado, en la lectura de estos libros, atravesar sus contenidos manifiestos y leer más bien a nivel de sentidos, pesquisando esos sentidos en los baches de los discursos, en los deseos y fantasías no explícitas que los propios textos están impedidos de sortear por la pulsión de escritura del yo al que se han encadenado. He intentado trabajar en el desmontaje de esos "yo" o bien en la lectura

de esos "yo" como parte de una espectacularización, de una ambiciosa puesta en escena que convierte, en algunos tramos, a los textos en pretextos y que permiten leer lo que considero como centro, en un sector que paradójicamente ocupa el lugar del intersticio en cada una de las páginas.

En primer término, me parece estratégico el problema abierto en estos libros en torno al dilema cuerpo e identidad, que aparecen como instancias móviles, readecuables, vulnerables cuando el sujeto -en este caso el sujeto mujer- se ve envuelto en las redes de los poderes dominantes, especialmente en esa parte del poder que requiere de la violencia -ya paródica, ya explícita- para mantener su hegemonía.

Luz Arce, militante socialista, pertenecía a un segmento minoritario de su partido ligado a prácticas paramilitares. Marcia Alejandra Merino, militante del Movimiento Izquierda Revolucionaria, MIR, también tenía una fuerte formación militar por la índole de su grupo, que propiciaba la lucha armada como vía de acceso al socialismo. Ambas mujeres contaban con experiencia como analistas de documentos y Luz Arce, en particular, había iniciado una tarea que requería de una cuota de clandestinidad y que consistía en captar información y hacerla llegar a la Comisión Política de su partido.

De esta manera, ambas jóvenes entre los años 70-73, dispusieron sus cuerpos para la emergencia de una guerra posible, quiero decir, actuaron teatralmente en un escenario paródico, la simbología onírica latina de los 70 en donde el cuerpo de las mujeres quebraba su prolongado estatuto cultural de inferioridad física, para hacerse idéntico al de los hombres, en nombre de la construcción de un porvenir colectivo igualitario.

Para habitar con propiedad estos nuevos cuerpos femeninos modelados por el discurso político dominante -el efervescente y recién instalado gobierno de la Unidad Popular- ambas mujeres debieron antagonizar el discurso tradicional latino. Luz Arce y Marcia Alejandra Merino, se obligaron a desechar con fuerza las formas de las contundentes tradiciones, mediante la radicalización de renovados supuestos que ponían en lugares diversos las formas amorosas, las relaciones familiares, el ejercicio real de la maternidad.

No obstante, en el fondo de esta teatralización paródica de la masculinidad que pospone lo íntimo o lo personal en oposición a lo

primordial de lo público y de lo colectivo, en estas autobiografías es posible leer las fisuras que presentaba este nuevo modelo. Luz Arce era madre de un niño pequeño que debía encargarlo al cuidado de sus padres mientras ella se habilitaba "como un hombre más" en su juego de guerra. El abandono al hijo formaba parte de la construcción de este cuerpo que, en Latinoamérica, le pertenece histórica y épicamente al padre pero que, en este caso, la intermitencia materna no remitía a la "mala madre" o a la madre estigmatizada por su indiferencia, sino más bien obedecía a una misión maternal superior e inédita, pues la ausencia aparece como un sacrificio más, que encontraba en el discurso político un sustento ideológico, puesto que la distancia se ejercía para honor de su hijo, para la habitación futura del hijo en una sociedad más justa.

Sin embargo, los padres de Luz Arce, enteramente abuelos, cumplían un rol desde siempre clásico ante una crisis maternal; la familia seguía siendo, pues, el soporte en el cual se modelaba el cuerpo de Luz Arce. Marcia Alejandra Merino, por su parte, mantenía con su madre viuda un nexo extremadamente fuerte y leyendo atentamente los excedentes de su narración, hasta cierto punto simbiótico. Así pues la estructura familiar, considerada como burguesa, permanecía de alguna manera intocada por la dependencia tradicional a los cuerpos de familia lo que, a la vez, implica una forma de control, un determinado poder clásico de cuerpos sobre cuerpos parentales.

Inevitablemente hijas, Luz Arce y Marcia Alejandra Merino, provenientes ambas de capas medias bajas en el interior de un país extremadamente clasista como es Chile, se abocaron a inscribirse en forma activa como partícipes de la historia, ubicándose en un sector de indiscutible poder como es el área de la militarización. Las autobiografías señalan retrospectivamente el modo en el que fueron alcanzando esos espacios. Tramo a tramo van escalando piramidalmente mejores posiciones: Luz Arce, de secretaria a chofer de un miembro de la Comisión Política de su partido, de chofer a guardia armada del presidente Salvador Allende, de guardia armada a analista confidencial, una carrera tan veloz que obliga a un secretario político a preguntarle "dónde quería llegar" y frente a estas palabras Luz Arce reflexiona: "Lo que yo entendía como 'entrega consecuente' fue visto como un intento por escalar posiciones" y recuerda inmediata

mente la imagen del Che Guevara, figura mártir masculina con la que se identifica e identifica su empeño.

Aquí pues se abre el primer síntoma de la crisis que más adelante las va a arrastrar hacia una suerte de hecatombe de los sentidos. En tanto mujeres dependientes emocionalmente de sus familias, se refugian y actúan solemnemente en el interior de un discurso de autosuficiencia y cambio habitado por cuerpos masculinos, ante los cuales deben duplicarse o triplicarse ideológicamente para competir e instalar sus destrezas tras la búsqueda de un ascenso político que las dote de prestigio.

Pero un prestigio "macho", el absorto doble travestido del "Che Guevara", o bien andrógina, prófugas de sus propios cuerpos, ante lo que deben persuadir y persuadirse a cada instante de que su femenino es intrascendente, privilegiando, en cambio, el cuerpo triunfante, explosivo y poderoso de una revolución urdida mediante la teatralización de una lucha existente en el discurso y no en la acción.

Cuerpos ofensivos en medio de un campo de guerra inofensivo en cuanto irreal. Cuerpos teóricos engarzados a una práctica lineal del discurso político que les permite la insurrección abstracta de sus roles. Cuerpos proclives al mando, insertos en el centro simbólico del poder, como es el adiestramiento guerrero.

De esta manera, la lectura de los inicios de las autobiografías va a dar cuenta de una lucha de proporciones tendiente a construir una identidad desde el cuestionamiento a sus roles tradicionales, lo que las obliga a poner sus cuerpos biológicos en las claves culturales de los cuerpos masculinos y, de esa manera, participar épicamente en la historia desde el lugar del poder dominante al cual aspiran acercarse cada vez más para alcanzar una identidad posible.

Sin embargo, el golpe de estado de 1973 puso a los cuerpos de ambas militantes en otro espacio, en el espacio ambiguo de la clandestinidad. Un área física y mental cuya zozobra permitía seguir manteniendo la ficcionalización de una tarea épica pero sin prestigio social, sin ascenso posible, sin un horizonte palpable. Enfrentadas a esta nueva situación, sus contactos mutan, la presencia del jefe o de los jefes políticos se vuelve discontinua (cuestión que genera en ellas confusión puesto que se articulan a partir de la figura de un superior), el poder político al cual habían accedido se disuelve.

Es en la reconstrucción de este momento de sus vidas, cuando las dos jóvenes pasan a la clandestinidad, donde la memoria de

Marcia Alejandra Merino se refiere por primera vez al dinero. Clandestina, realizando un trabajo fragmentario, identificada con una revolucionaria soviética, Marcia Alejandra, desligada de la coherencia de su movimiento político avasallado por el golpe militar, ejerce la primera crítica indirecta a su grupo político mencionando que una pareja de compañeros carecía totalmente de dinero, en cambio otro tenía consigo una considerable cantidad de plata. Esta observación no resulta inocente en medio de un ámbito totalmente anónimo, desarticulado, clandestino y por clandestino, imperceptible. La mención al dinero aparece justo cuando el poder había rotado hacia el dominio militar, cuando el sueño de la revolución socialista tomaba la forma de una pesadilla.

En 1974 las dos mujeres son tomadas prisioneras. Marcia Alejandra Merino, aparentemente la más entrenada para la guerra, no resiste la tortura y colabora prácticamente de inmediato. Luz Arce resiste y es atacada brutalmente, de una manera ilimitada, violada en forma reiterada, herida a bala, golpeada, colgada, electrificada, empieza su colaboración cuando detienen a su hermano, evidenciando, de esa manera, que el modelo familiar siempre estuvo superpuesto al de la revolución.

Con la detención de ambas militantes, la lectura de los libros se complejiza, "el infierno", título del libro de Luz Arce adquiere un significado pleno por la cantidad exuberante de información sobre violencia al cuerpo que entregan los libros.

Y en este punto no puedo sino detenerme en la relación cuerpo-violencia que atravesó por 17 años el transcurso social chileno. La tortura como herramienta fascista de poder y despojo, el cuerpo como materia limitada, la confesión como escenario de confrontación entre verdad y mentira, entre vida y muerte, me obligó a una lectura estallada, estrellada.

¿Cómo mantenerse indemne frente a la memoria de atropellos humanos de esas proporciones?

Con la captura, la figura dominante que empieza a ocupar la narración es la figura del oficial de los servicios de inteligencia. Esta figura aparece encarnada en distintos sujetos, distribuida en diversas jerarquías militares, el Teniente, el Mayor, el Comandante, el General, pero, más allá de cada rango, los grados militares muestran un solo objetivo: la destrucción política desde el acoso del cuerpo del prisionero.

Me parece necesario explicitar que los prisioneros políticos no eran reconocidos en forma oficial ni pública y, por lo tanto, virtualmente perdían existencia legal pues los lugares de detención eran clandestinos. Esta forma de inexistencia kafkiana, en la cual se suspendían reclusos en espacios indeterminados, formaba parte de un escenario cruel, levantado para profundizar el miedo, para acercar la nada a la muerte.

Con la tortura, el cuerpo adquiere su plenitud a través del dolor. Cuerpos enfrentados y confrontados de modo desequilibrado para obtener la confesión del prisionero. Para conseguir, mediante el arrasamiento de la biología, la verdad escondida en esos cuerpos. Tortura confesión enclavadas en una escena única para provocar el habla.

No obstante, detrás de la brutal escena de la confesión, lo que se puede leer es la voluntad de destruir la identidad del sujeto capturado, donde la confesión no es más que un síntoma de la pulverización de su identidad, la muestra de una despertenencia a su historia por la insistente presencia de la carne volcada al sufrimiento. Pareciera, entonces, que lo más importante es producir la despolitización del cuerpo cuando se lo obliga a renunciar al pensamiento y se lo clausura hasta el estado básico de la pulsión por la sobrevivencia.

Cuerpo arcaico, sometido al ritual del dolor, para hacer del acto de la confesión, es decir del habla, la expropiación de su cuerpo parlante. No me parece pues que el acto de tortura se encuentre linealmente ligado a la información que pueda entregar el prisionero, sino más bien me parece conectado a una escenografía fascista de aniquilamiento mental, de destrucción, especialmente psíquica. El torturador se adjudica la decisión sobre la vida y la muerte, se vuelve una especie de dios que profana el cuerpo del prisionero, anulándolo. Vaciado de sí, el sujeto que habla, paradójicamente pierde su identidad: "se quiebra".

Esta expresión es recurrente en las autobiografías. Cuando Luz Arce y Marcia Alejandra Merino señalan en sus textos que algún prisionero habló, dicen: "se quebró". Así pues lo quebrado, lo fragmentado, es ni más ni menos la ruptura de aquello que lo señala como perteneciente a su propia vertebralidad política, dejándolo expuesto al vacío, a su propia nada y a los costos ideológicos de la despertenencia de sí mismo.

Luz Arce y Marcia Alejandra Merino hablan y luego colaboran. Sin duda, la confesión e incluso la colaboración están en el marco de lo esperable para cualquier sujeto expuesto a una situación límite, como es el caos experiencial vivido por las dos mujeres. Entonces, en el entendido que el problema que genera la lectura de los libros no pasa por cuestionar la confesión e incluso la dramática colaboración de las prisioneras (que tuvo el costo de numerosas vidas de sus compañeros de partido) es, no obstante, a partir de ese momento donde el relato vivencial empieza a adquirir ribetes extraordinariamente densos.

El mundo narrado se da vueltas hasta quedar invertido, se cierra y luego se reordena en un nuevo principio y es en este exacto comienzo donde los conflictos de lectura hicieron aparecer en mí renovadas interrogantes. ¿Desde qué lugar podía yo juzgar la situación de mujeres violadas, torturadas, encarceladas en un medio feroz que yo, desde otro lugar, también había habitado? ¿Acaso el leer intelectualmente el discurso emocional de dos mujeres no quebraba el necesario compromiso de género de la una con la otra? ¿Por qué no olvidar esos discursos impuros y hacer como si no existieran? ¿Acaso no era, en cierto modo, ventajista que una escritora que nunca había militado en un partido político se convirtiera en lectora de la feroz crisis de dos mujeres militantes?

Estas preguntas ineludibles siguen acechándome pese a que, desde un ángulo diverso, pienso que el emprender este gesto de lectura es un acto político otro, una especie de militancia a favor de los sentidos, porque -a mi juicio- lo que está en cuestión detrás de estos discursos autobiográficos es la relación entre poder, cuerpo, género femenino e ideología, que a su vez están ampliamente conectados con los poderes actuales de la transición a la democracia chilena en la que yo habito, alcanzando extensas resonancias culturales y sociales.

Luz Arce y Marcia Alejandra Merino fueron cooptadas por los servicios de inteligencia militar, DINA, y permanecieron por casi un año en una situación intermedia en la cual se puso a prueba incesantemente la colaboración. Fue en el curso de ese año, cuando reaparecieron los rasgos contradictorios de sus identidades genéricas. Si en el comienzo de sus historias políticas, la lucha por constituirse en sujetos pasaba por la confirmación y el ascenso en medio de un

dominio político que iba reconociendo en ellas sus méritos, digamos, andróginos-masculinos que les permitían alcanzar un mejor lugar en el interior de un sistema de poder, el año de prisión del 7475 las reinstaló en la adquisición de nuevos saberes: la comprensión del escalafón militar.

Frente a este escalafón surgieron en ellas las estrategias tradicionales asignadas al género femenino, esto es, ampararse en su condición de mujeres, esta vez no para un triunfo social, sino para la mera sobrevivencia física. Ubicadas en este lugar intermedio -el espacio de la colaboración- debieron renegar tanto de sus pasados políticos como enfrentarse directamente a esta negación ante sus compañeros detenidos.

Cuando se cumplió la etapa de la delación: entregar nombres, direcciones, saberes orgánicos de sus partidos, ya Luz Arce y Marcia Alejandra Merino entraron en un nuevo estadio vital. Sus energías resurgieron con un objetivo abortado como fue pasar a integrar el cuerpo de inteligencia militar y llegar a convertirse en oficiales de ese servicio. Para conseguir ese objetivo, buscaron la protección de oficiales maduros, hombres que, desde su impresionante poder, las mantuvieran vivas apelando al espacio más clásico del encuentro de lo masculino y lo femenino como es el ejercicio de la sexualidad.

Cuando los relatos entran en esta etapa, ya los parámetros cambian. Una lectura atenta permite vislumbrar que realmente están comprometidas con las redes de inteligencia militar, se hacen partícipes intelectual y emocionalmente de los conflictos y de las luchas internas. Cada una con sus respectivos social-captorees-amantes emprende otra vez una carrera -digamos- política.

Fuera de la prisión, siguen trabajando para la DINA dirigida por el tenebroso general Manuel Contreras y consiguen el objetivo de convertirse en oficiales. Pese a que reiteradamente en los textos ellas se sienten en el estatuto de prisioneras, la narración no puede privarse de dar cuenta de sus éxitos profesionales dentro del cuestionable servicio al cual se han inscrito. Entre el doble miedo que las atraviesa -miedo a lo militar, miedo a las represalias de sus antiguos compañeros de izquierda- se mantiene vivo un reconocible orgullo por destacarse en un ámbito masculino, una recuperación de la identidad a partir del roce con el poder dominante.

Cuando la DINA es disuelta, las mujeres entran en pánico. Toman un abierto partido por el general Manuel Contreras. La caída

institucional de Contreras es vivida como un drama por las antiguas prisioneras al ver que nuevamente su lugar de poder se tambalea, se difumina. Consiguen, a partir de sus antiguos contactos con esa fracción, mantenerse en la Central Nacional de Inteligencia, CNI, que es el nuevo servicio de inteligencia que instala la dictadura buscando mejorar su imagen internacional frente a la grave situación de atropellos a los derechos humanos en el país.

Curiosamente, en la narración, pese a los largos años de libertad, en los relatos no existe el afuera como no sea el tejido social, amoroso y político urdido con el ámbito de inteligencia militar. La ausencia del afuera puede ser adjudicada a su calidad de reclutadas obligatorias, pero por otra parte, no me parece impropio ligar esa falta a una tradición, esto es, que los militares se caracterizan por su ensimismamiento social y, por lo general, se mantienen distantes del mundo -digamos- civil.

Con esta observación quiero señalar la hipótesis de un compromiso de las mujeres con su nueva institución, el goce de la recuperación de la identidad, esta vez, militar, más allá de la sentimentalidad de los relatos, pasando sobre las disquisiciones de capturadas-libres en las que las autoras se definen, no puedo dejar de pensar que a lo largo de 15 años, Luz Arce y Marcia Alejandra Merino se abocaron a alcanzar un escalafón social y económico en el interior de un sector de las fuerzas armadas, que las hacía nuevamente partícipes del poder central.

Luz Arce, aunque se retira del servicio alrededor del año 84, sigue de una u otra manera ligada al mundo militar hasta el año 90. Marcia Alejandra Merino hasta el año 92; la tercera prisionera María Alicia Uribe aún permanece allí.

Desde el plebiscito de 1988, ya la transición democrática empieza a perfilarse, cuestión objetivada en marzo de 1990 con el traspaso del poder a la Concertación Democrática, encabezada por el presidente demócrata cristiano Patricio Aylwin. Se trata de una alianza de fuerzas de centro-izquierda (de la cual es excluido el Partido Comunista) y en donde la iglesia católica chilena adquiere una gran preponderancia pública. La política neoliberal se mantiene vigente y en ascenso, el imperativo al consumo atrapa, especialmente, a las capas medias provocando el individualismo y la ausencia de proyecto colectivo.

La transición a la democracia se establece en Chile desde la política de los acuerdos con el poder militar y la derecha política. Con esta alianza no puede sino pactarse la desmemoria histórica de los años 70-90 en aras de la construcción de un futuro democrático, pero los protagonistas de este pacto son los mismos actores que atraviesan la época y por lo tanto la centro-izquierda y más nítidamente el Partido Socialista deben coexistir con sus recientes antagonistas y, proyectando este escenario, la centro-izquierda necesariamente dialoga, de manera constante, con los que fueron sus virtuales captores y sus posibles victimarios.

Sin entrar en especificaciones políticas que no me corresponden, sí me pareció extraño e incluso alarmante que la edición de estas autobiografías no fuera recepcionada. ¿Por qué relatos tan polémicos y sobrehablados permanecían silentes en lo público? ¿Qué había en esos textos que sectores tan citados en ellos como el Partido Socialista no establecieron el menor gesto de lectura?

Este silencio no puedo sino explicármelo desde las delicadas tramas de la relación con el poder que los textos evidencian. Luz Arce y Marcia Alejandra Merino publican sus libros en los momentos en los que el poder central ha rotado hacia un nuevo ensayo democrático; además, aparecen avaladas por dos prestigiosas instituciones en las que la democracia se apoya: la iglesia católica y un organismo de derechos humanos. Más allá de lo que las autoras relaten, ellas se encuentran protegidas por la ley de amnistía dictada en 1978 (curiosamente los relatos no aportan nada significativo en materia de derechos humanos después de esa fecha; por lo tanto están fuera del alcance de una penalización posible), entonces, si se sigue el hilo más sostenido de las biografías ¿no es acaso legítimo pensar que la publicación de estos libros obedece a un movimiento más para inscribirse en los poderes centrales? Escudadas en el llamado al perdón y a la reconciliación, ¿no intentan conformarse como los discursos más pertinentes de este lema nacional? Detrás de la aparente valentía de estas narraciones ¿no yace acaso una asombrosa vocación por habitar los espacios de poder por parte de sus más fieles lectoras y seguidoras?

Luz Arce y Marcia Alejandra Merino se presentan a ellas mismas como traidoras, lo repiten compulsivamente en sus textos. Sin embargo la traición, forma social de gran peso simbólico en nuestra

cultura, requiere de la fijación dramática única para perfilarse como tal. Su reiteración la anula como figura, la desdramatiza y la deshace. A mi juicio esta autocatalogación que establecen las autoras es incorrecta, encubre más bien la relación conflictiva que ellas mantienen con sus identidades femeninas, su fascinación por los espacios tradicionalmente masculinos y la avidez competitiva por la ubicuidad social en esos espacios.

Por otra parte, un sector del discurso teórico feminista ha re-pensado la noción de traición con la que tradicionalmente son identificadas las minorías: mujeres, *gays*, indígenas. El caso latinoamericano más evidente es "La Malinche" que de "chingada" puede ser vista, a la luz de la teoría feminista, como "chingadora" -por decirlo gruesamente- del poder patriarcal, a partir de la explosión de su "no ser" que le permite el tránsito libre por los espacios, sin el imperativo de la lealtad, pues cualquier adscripción social la va a conducir hacia una zona inevitable de des pertenencia y de ajenidad.

Aunque me parece muy interesante esta lectura, aunque toda torsión de sentido en contra de los sentidos dominantes es una práctica cultural necesaria, pienso también que este "no ser" que se les adjudica a las mujeres, resulta en el presente cuestionable, puesto que los discursos teóricos y las producciones culturales ligadas al género femenino que se han ido legitimando a lo largo de este siglo, han conformado una plataforma política de considerables proporciones. Éticas y estéticas se han trenzado para articular una diversidad de discursos que, pese a la inestabilidad de sus inserciones, sí han perturbado a la cultura dominante y, en parte, el sostenido espacio de subordinación de la mujer ha variado, incomodando incluso la monolítica categoría cultural de lo masculino.

Quiero abordar este aspecto porque me parece políticamente complejo desarmar, así como así, sentidos simbólicos sociales como es el espacio de la traición. Pienso que si la traición (al otro, a la comunidad, a sí mismas) pierde su efecto ético y se relativiza, este proceso viene a favorecer al capitalismo salvaje y a su amplio, voluble, sospechoso repertorio de éticas y estéticas ambiguas y mutantes con las que se justifica el desenfreno del capital y el agobio consumista desigual, mediante el que se violenta al cuerpo social para despolitizarlo.

Y con este paréntesis quiero volver a los cuerpos de Luz Arce y Marcia Alejandra Merino. Ellas quieren ser catalogadas como tra

doras, se autocalifican como tales. No obstante, no es la traición su centro. El dramatismo que porta la traición pierde su efecto por la repetición. Más bien, sus cuerpos no son sino espacios por los que el poder transita locamente mutando a la manera de los camaleones. Los libros me parecen como un audaz intento por volver a instalarse en los centros. En un gesto agobiador, las autoras elaboran un sintomático cuadro expresionista cuyo centro pende hacia el vacío, forma el hueco por donde el poder circularmente recorre los sentidos de las mujeres torciéndolos, repactándolos en una negociación infinita.

No es pues la traición el drama que atraviesa estas autobiografías, es más bien una neurosis política adscrita a la tradición masculina lo que hace imposible el cumplimiento del deseo inscrito en un cuerpo incorrecto. El nomadismo que cruza las historias me parece ligado a una mala lectura de los códigos sociales, y muy particularmente a una profunda crisis experimentada con las condicionantes de género, que las autoras sólo son capaces de resolver utilizando un procedimiento de inversión: ser masculinas a cualquier costo. Y este ser masculinas es nada más que una operación conducida por el deslumbramiento que en ellas provocan los poderes centrales, a partir de una apropiación ideológica acrítica. Luz Arce se convierte -y esto es previsible- al catolicismo. Busca un consejero (la imagen necesaria de un jefe que la protege, pero también al que debe disputar el poder), la figura de Cristo en su calvario sustituye al Che Guevara, su declaración ante la "Comisión Verdad y Reconciliación" la pone en el lugar de la mártir.

Y entonces, en un ensayo de respuesta a la pregunta en torno al por qué del silencio que ha rodeado la aparición de estos libros, estimo que -guardando todas las distancias- existen ciertas simetrías entre el modo en que el Chile actual articula el ejercicio del poder, a partir de la desmemoria y la normalización de los sentidos políticos que le permiten legitimar la negociación, la modernización, la exigua frontera entre neoliberalismo y progresismo, y este conjunto se hace sistémico con el psiquismo que atraviesa los libros de las mujeres, quienes buscan una identidad sólo posible de ser cursada en los centros de poder, ocupando la memoria como un mecanismo retórico para establecer discursos ideológicos que les posibiliten el acceso a un lugar social preponderante.

Estimo, entonces, que la extrema, radical violencia que estas autobiografías presentan consiste en observar los vaivenes y la ma

nipulación inteligente de lo más estratégico del sujeto, como son los límites éticos y estéticos en los cuales se construye el ser en su conexión con los otros. Jugando un juego perverso con los límites, apelando a un lugar común de la psiquiatrización, retorturando sus propios cuerpos, nombrando a la familia, el amor, la sexualidad y la política, Luz Arce y Marcia Alejandra Merino van urdiendo una suerte de trampa social que, curiosamente, las acerca a una tradición femenina que ya está puesta en jaque por los nuevos discursos culturales. La victimización manifiesta a la que apelan no puede conmovir a lectores que, de una u otra manera, no logran reconocer en ellas cuál sería ese lugar femenino que las reivindicaría de responsabilidades. Y se ejercita una lectura más rigurosa de los textos; éstos ponen en evidencia una masculinidad fallida que no termina de adaptarse a sus propias reglas, pero que, de una u otra manera, cita las formas clásicas de adscripción a los poderes centrales. De esa manera, la legibilidad de los textos se torna ilegible.

Luz Arce y Marcia Alejandra Merino elaboran sus discursos nuevamente en un terreno tan equívoco y manipulador como sus historias vitales, ponen en circulación sus historias que no pueden ser decodificadas, en el marco del proyecto neoliberal chileno, sino en la misma forma reductora que ellas la presentan: quiero decir que sólo pueden ser leídas como la historia y la histeria de dos traidoras.

Y, más allá de cualquier relativización posible, la traición -ya lo sabemos- genera el silencio y genera, especialmente, la aversión.

Mientras leía estas autobiografías llegó hasta mí una imagen que me recorrió todo el tiempo. Recordé una noticia leída en la prensa en el año 1974, el mismo año en que fueron tomadas prisioneras Luz Arce, Marcia Alejandra Merino y María Alicia Uribe, una noticia impactante, a la vez que marginal y misteriosa, como fue el suicidio colectivo de las hermanas justa, Lucía y Luciana Quispe en el altiplano chileno. Las hermanas Quispe, con ascendiente de la etnia coya, que vivían aisladas en el altiplano, se ahorcaron juntas desde lo alto de un peñón, unidas por un lazo en las cinturas, luego de degollar a sus animales y de ahorcar a sus dos perros.

Aún no tengo claro en qué punto es posible establecer una conexión conceptual entre ambas triadas de mujeres. Sin embargo, y disculpándome por presentarles una reflexión inacabada, pienso que puestas en una simetría trágica existen entre los dos grupos de

mujeres índoles divergentes de consistencia. Desde luego, y siguiendo el pensamiento de la poeta mexicana Rosario Castellanos, debería haber otro modo de habitar la vida para las mujeres. Pienso, en realidad, que ya existe un otro modo de habitar (político) que no obliga a los cuerpos a lo extremo y los extremos. Sin embargo, el silencioso y contundente lirismo fúnebre de las hermanas Quispe sigue hablándome social y obsesivamente allí, en los fragmentos privados que aman mi memoria y organizan mi imaginario cultural.

En el altiplano chileno sobreviven dificultosamente los restos de algunas culturas indígenas que conforman el llamado "Mundo Andino", atacameños, coyas, quechuas, aimaras, siguen transitando e intercambiando sus economías, desplazándose de manera incesante con sus animales, que constituyen la forma de su sustento, allá en las alturas. Los hombres emigran buscando mejores oportunidades, y así en los pequeños pueblos y caseríos la mayoría de sus habitantes son mujeres.

En medio de un paisaje impresionante, la diversidad de los sobrevivientes de las antiguas culturas indígenas mantiene aisladas sus tradiciones, sus ritos y sus fiestas. La vida en el altiplano transcurre secretamente, con un alto grado de nomadismo, escindidos entre pasado y presente, entre un mundo y los otros, diversos, extintos mundos.

El suicidio de las hermanas Quispe fue consignado por la crónica roja. La fotografía permitía ver a las tres mujeres mestizas colgando al vacío, unidas con un lazo por la cintura. Más allá se percibían los animales muertos y, cerca de ellas, a sus dos perros ahorcados. Los textos que describían el suceso eran titubeantes, ambiguos, sensacionalistas. Definitivamente suscribían teorías contradictorias. O bien era una resolución pasional o un acto dictado por la psicosis que habría recorrido a las tres hermanas. Vivían solas y un pastor de cabras que había pasado por el lugar era el vocero del suceso.

Pero en los bordes de las fotografías era posible percibir un espacio dotado de una soledad sobrecogedora. Observé esas fotografías como el despliegue de un escenario hiper marginal en donde se representaba una tragedia arcaica, un escenario en el cual se llevaba a efecto una decisión dramática plena de sentidos múltiples que jamás podrían ser descifrados. Tres mujeres mestizas se suicidaban en el altiplano, articulando una serie de códigos complejos.

Un lenguaje entero transcurría allí, elaborado con un alto grado de precisión, en el interior de una ritualidad fúnebre.

La violenta teatralización de sus muertes daba cuenta de un pacto cuidadosamente tramado en una sintaxis que resultaba imposible atravesar. El suicidio múltiple era, por la cuidadosa ritualidad que lo envolvía, un discurso social que hablaba de una elección en la cual era posible integrar la muerte en el interior de una larga historia colectiva de postergaciones y mestizajes y de su lesionado, autónomo presente familiar. Un acto mortuario que reunía cuerpos, secretos, economías, silencio, soledades, paisajes, éticas. No se trataba sólo de la voluntad por terminar sus vidas, sino además de marcar el dominio territorial que habían construido y en el cual se habían cursado sus identidades altiplánicas. Por este motivo, sus animales muertos y los perros ahorcados formaban parte central de este rito, legitimando tanto sus relatos de vida como la teatralidad ornamentada de sus muertes.

Aunque las hermanas Quispe levantaron un terrible escenario de muerte, una cierta vitalidad oblicua recorría las imágenes, y esta paradoja, a mi juicio, era posible por la forma parlante que adoptaba este suicidio que, sin duda, era denuncia, pero -y esto me parece crucial- a la vez hablaba de un poder que, aunque marginal, les pertenecía íntegramente. Y ellas lo ejercieron, de modo funerario, desde el centro de esa pertenencia.

Lejos, en el interior de un distante microespacio geográfico, las hermanas Quispe decidieron abandonar voluntariamente la vida, pero mediante el modo en que cursaron sus deseos, gestionaron un nuevo microscopio simbólico, cruzado por éticas y estéticas en las que insertaron cifradamente sus historias de vida y de muerte y garantizaron, mediante un elaborado rito, la huella social de una asentada pertenencia y dominio sobre sus espacios y sus bienes. Pero también se reservaron la libertad radical de dejarlo todo, de llevarse todo, de terminar con todo.

Y, me parece importante que ustedes sepan que los únicos bienes materiales que las hermanas, justa, Lucía y Luciana Quispe poseían eran veinte cabras, dos perros y sus propios cuerpos. Nada más.